



La confianza acorralada

Cardenal Oscar Rodríguez SDB
orodriguez@unicah.edu

Corrupción es decirle no a la integración; corrupción es darle a la gente la sensación de que no es capaz; corrupción es llevar a la gente a pensar que es mejor una vida de siervos satisfechos y hartados que de señores austeros.

Una sociedad preñada de pobres y de excluidos no merece el calificativo de moderna ni la denominación de desarrollada; modernidad y exclusión, modernidad y pobreza se contradicen. Los excluidos y los pobres no son sólo una cantidad estadística: son aquellos para quienes debemos realizar la fe, la ética y la política.

La verdad -el anticorruptor por excelencia- nos señala que es hora de que sustituyamos «la razón de Estado» por la «razón de humanidad», que tengamos por cierto que ha llegado la hora en que, si no hacemos lo imposible, tendremos que resignarnos a lo inexorable. La «razón de Estado» sólo es posible allí donde se vulnera la ética y donde el éxito del poder por el poder y en el poder se constituye en un fin por sí mismo.

No basta conocer la verdad. Hacerla creíble depende de las actitudes con que la acompañemos; no basta saber la verdad, hay que decirlo. Bien escasa es, hoy día, la virtud de la «credibilidad»; se dice que gran parte de la crisis manifiesta

está compuesta por esa terrible desconfianza que crece entre los seres humanos cuando entran en relación. ¿Se le podrá creer? ¿Qué intenciones oculta? ¿Qué hay detrás de cada palabra? ¿Qué encubre ese gesto? ¿Qué oculta esa mirada? Todas estas son preguntas que surgen a diario en la comunidad en que vivimos, preguntas que expresan la desconfianza que ha venido haciendo carrera y que lleva al lamentable estado de advertir que relacionarse con alguien sólo es posible estando a la defensiva, que hay que creer y pensar lo peor, para luego no llevarse sorpresas ni desengaños.

Una de las primeras advertencias que se reciben es aquella de no

confiar en nadie porque no se conocen de ordinario las intenciones de la gente. Otra es afirmar que nadie dice toda la verdad sino aquella parte que le conviene, con lo cual se está diciendo -en silencio, es cierto- una mentira. Otra advertencia es aquella de no dejarse ilusionar con los cantos de sirena de quienes quieren utilizar a otros. Otra, más grave aún, el ponernos alerta sobre el interés del otro que

Sucede que la confianza está siendo acorralada. Por lo general, la gente normal cree en la familia, y uno de los mayores golpes se recibe cuando, por ejemplo, los hijos no pueden ya confiar en los padres. Igual sucede cuando en la experiencia de colegio se llega a descubrir que no se puede confiar en el maestro, o cuando se va ganando la certeza de no poder confiar en los amigos, en la familia constitui-

es como el ser humano se va viendo acorralado y va aprendiendo que la verdad no es rentable.

Se nos ha enseñado que el político miente, y que miente el vendedor cuando ofrece algo que niegan las letras pequeñas de las condiciones. Hemos aprendido que la justicia miente a medida que se politiza y que mienten las instituciones. Se nos ha dicho que las estadísticas engañan, que las líneas aéreas mienten para dar razón por sus retardos y que -en definitiva- estamos rodeados de mentira por todas partes.

Y no es que esta desconfianza generalizada sea de ahora. En tiempos pasados existía un doble mecanismo para propiciar la aparición de la verdad verdadera, a saber, el juramento y la palabra de honor. Luego de muchas experiencias, ni el uno ni la otra dan certeza alguna, porque la primera supone creer en Dios y la segunda difícilmente encuentra honor para sustentarse.

Y sin embargo se nos pide, se nos reclama -reclamamos-, que creamos en la democracia, en el presidente, en el parlamento, en los jueces, en los medios de comunicación, en los maestros, en el comercio, en la apertura, en el defensor de los derechos... ¿Cómo hacerlo si se nos ha enseñado a desconfiar? ¿Cómo hacerlo si sólo a través de la mentira y la estratagema se logra algo?

No puede haber paz, reconciliación, seguridad, gobernabilidad, ni puede florecer la democracia allí donde no hay verdad. Urgente es, por lo tanto, recuperar en la familia y en la educación, el amor por la verdad. Todavía recuerdo cómo mis padres hacían negocios de «palabra», cómo asumían compromisos de «palabra» y cómo los cumplían.



nos maravilla con el sensacionalismo de la oferta, situación que ha conducido a aquel dicho: «de tan bueno no dan tanto». Otra más es la consabida situación de quien haga para conseguir algo.

Me atrevo a decir que se nos ha educado para desconfiar. Más aún, se nos ha advertido no ser «ingenunos», calificativo este que nos define en buena parte la desventajosa situación de quien tiene la «terrible» virtud de creer en la buena fe ajena, cuando lo común es regirse por la norma de oro del «piensa mal y acertarás».

da y -lo que es peor- cuando de repente se encuentra uno con la sorpresa de no poder confiar ni en uno mismo.

EL REINO DE LA MENTIRA

Se nos ha enseñado y es cierto- que los periódicos mienten al comunicar algo y ocultar otras cosas, lo que constituye aquella diferencia entre la opinión pública y la opinión publicada. Hemos podido constatar que la radio miente por lo mismo y por conducir muchas veces a través de la entrevista a que alguien «dé pie» para destruirlo. Cuando el titular niega lo que está en el contenido o cuando se afirma algo para construir opinión sobre ello; la televisión padece del mismo mal. Así